

EL OTRO JOSÉ¹

Ana María Medina Reina

Sus aguas amnióticas calaron mis ropas descendiendo por el pecho hasta el suelo. Teñidas por el meconio y la suciedad de aquellos que llegan sin ser queridos. Nacido en un retrete de aguas negras. Retenido con encomio hasta ese instante por la fuerza uterina de tu madre adolescente. El calor de tus fluidos y los de tu madre, se había deslizado goteando sinuoso a través de mis dedos hasta los codos. El baño estaba a oscuras y no podía ver nada, pero sentía la espesura de esa sangre penetrando por los poros de mi piel. Los de la mujer blanca. Diluida por el agua nutricia que te había alimentado generosa hasta ese momento. Para cesar de hacerlo. Ya nunca más.

En momentos como ese me preguntaba qué hacía allí. Podía trabajar como enfermera en muchos sitios. Pero entre todos ellos había elegido ese pequeño hospital en Nigeria. Perdido en un suburbio en medio de un aserradero. Hacía más de un año que trabajaba de cooperante allí y no era el primer niño que recibía en ese lugar. Siempre que sucedía algo así, repasaba mentalmente el protocolo que seguiría si estuviera en el hospital europeo donde solía trabajar antes, y la culpabilidad se abría paso en un lugar que existía más allá de mi cerebro. Allí no había ni pediatra de guardia, ni incubadora, ni equipo de reanimación. Sólo unas tijeras, una pinza para clampar el cordón umbilical y mis manos temblorosas.

Pero de alguna forma ese día, a pesar del agotamiento, la sangre y el agua del nacimiento parecían impulsados por una fuerza telúrica hasta mi propio torrente sanguíneo. Agua y sangre negra absorbida por mi piel blanca para darme una fuerza nueva. Justo en ese preciso segundo. Un pequeño niño

¹ Segundo premio en el XVI Certamen de Relatos San Juan de Dios (2014).

negro llamado José y una mujer blanca mirándose a los ojos y reencontrándose en ese suelo mojado y sucio.

La niña-mujer, tu madre, me contó más tarde vuestros pasos por la tierra rugosa y agrietada de suburbio. Y a partir de ese momento, deseé que tu historia se quedara conmigo ese día y el resto de mis noches para poder susurrártela más tarde al oído, José. Para que supieras que no eras hijo de las nubes que cubren constantemente a la caótica Lagos, sino un rey de carne que sería capaz de sostener erguida y con orgullo la cabeza de tu madre.

El día en que naciste, ella había recorrido por horas la gran urbe de Lagos. Sacudida durante horas por diferentes pieles y acentos. Sometida por los sobresaltos de un tráfico infinito. Una vecina que de vez en cuando le ayudaba, la vieja Tiyi, le contó que en los suburbios del aserradero, unos blancos habían abierto una clínica para pobres. Un pequeño edificio que parecía flotar entre las aguas fétidas que transportaban los árboles muertos, flotando entre inmundicias hasta su destino. Tu madre pensó al verlo que esa pobre madera muerta nacida para ser mutilada y cortada, era igual que ella. Sin tierra a sus pies, ni dioses Orishas ancestros a los que rezar en su lengua yoruba.

La noche anterior a tu nacimiento, tu madre sintió cómo el calor húmedo que infiltraba sus pulmones era interrumpido por esas erupciones que se abrían paso entre sus muslos. Apretó con fuerza las piernas intentando sofocar esa presión que pugnaba por salir desde dentro. Con dolor. Pero al amanecer, una ola de agua clara como la que rodea la blanca isla Ikoyi, había empapado la entrada de su choza. La vieja Tiyi rio y batió palmas para avisar a Yemaya, la madre tierra. También llamó corriendo al resto de las vecinas para preparar la llegada del curandero. Pero tu niña-madre había olvidado rezar desde hacía varias vidas. Temió el momento en que esa nueva carne se abriera paso. Tanto como la otra carne, que de noche, abrió también en ella, con violencia, otra oquedad más profunda. La niña no quiso que el curandero pusiera dentro de

ella las hierbas del nacimiento. Ella había visto antes con sus propios ojos, como ese emplasto verde era introducido en el lugar donde surgía el dolor de las preñadas, para hacerlas parir entre convulsiones de fiebre. Y ella no quiso. No quiso sufrir más. Sólo deseó convertirse en algo ligero para poder volar sobre el agua clara del lago.

Por eso tu madre escapó y una furgoneta la llevó a través de las calles ardientes. Atestadas por los miles de alientos que formaban el aire pesado y aceitoso de Lagos. Almas innumerables en medio de la pestilencia de esos cuerpos sucios que no paraban de trabajar. Vivían respirando el aire impregnado por olor a vísceras y carnes colgadas en las calles, esperando el oráculo de los dioses, saludando al sol.

Las contracciones se hicieron más frecuentes y dolorosas en las últimas dos horas de trayecto. Notó la presión en sus cimientos, sintió ganas de pujar al niño y a su miedo. Tiyi no le contó lo que pasaría a continuación. Cómo llegarías al mundo. El sol alcanzó a su punto más alto cuando empezó a ver troncos acumulados en las aguas de la laguna. Adivinó el lugar por la bandera blanca con la cruz roja que se alzaba en medio de las chabolas. Ya llegaba. Las piernas le temblaron mojadas, tenía que ir al baño. Sintió que no podía más. Cuatro horas de un camino que la empujaron y arrastraron hasta ese momento que ella no deseó. Abrió sus nervios de par en par ante la indiferencia del mundo, preparada para su silencio.

Al llegar al hospital, algo tiró de ella hacia el núcleo mismo. Por eso se encerró en el lavabo sin atender la llamada de las enfermeras y los letreros de bebés sonrientes. Ella ya no podía sonreír. Pero eso dio igual entonces, sólo deseaba detener esa pulsión. Sollozó, un puño insoportable llevaba horas golpeándole los riñones. También golpeó su cabeza, con el ritmo del tambor del curandero de Tiyi. Llamando a Yemaya. La madre tierra, que ofrece generosa la sombra

fresca del sicomoro, el jugo de la papaya que cae y fecunda las almas de sus hijos.

Tu madre gritó cuando sintió el desgarró de pliegues y tejidos, alumbrando a un niño que sería para todos los demás, otro invisible. Fuiste recibido en el manto negro y frío del agua estancada que escapaba por las tuberías del baño. Ungido por la sangre de otra virgen que no dijo sí, aunque también estaba llena de gracia.

Por eso aparecí yo, una enfermera de manos blancas, para recogerte de entre las piernas de tu madre. Allí estaba, acucillada en el suelo del baño, entre fluidos y llantos insistentes, escuchando tu voz. Vi tus ojos inmensos mirándome y reconociéndome. Agarrando con fuerza mis dedos y pidiéndome una protección que no podía darte. Tu madre niña apartó entonces el rostro de ti, saturada de tanta vida. Dejó que su útero expulsara las raíces que le anclaban todavía a tu carne.

-Soy libre, me dijo. Y esas palabras me dieron miedo. Parecía que con ellas quería terminar una larga historia, la tuya.

Agarrándose las ropas se incorporó despacio, apoyándose en la pared. Yo te apreté contra mi camiseta empapada. Tus labios se movieron contra mi cuello, buscando un pecho que te recibiera. Pensé entonces en mi pequeño sobrino Luis ¿Hubiera sentido al cogerle en mis brazos esa misma sensación exultante? No lo sabía. Mi sobrino nació en un aséptico y equipado hospital de Madrid. Mi hermana acudió a todas sus citas prenatales, a sus clases de preparación al parto e incluso a clases de yoga para embarazadas. Esto lo sabía gracias a las fotos y los emails recibidos. Unas breves palabras intercambiadas con mi hermana la noche del nacimiento de Luis, fueron mi única conexión con ese gran momento. La alegría que percibí al otro lado del teléfono, en el revuelo de exclamaciones de mi madre y de mis tías, no logró llegar hasta mí. El sentimiento no soportó el viaje por cable. Sus voces conocidas me parecieron

hablar en un idioma diferente al mío y no atravesaron la frontera. Al hablar con mi hermana, me pareció estar felicitando a una antigua compañera de clase. Todos ellos pertenecían a una tribu que se reunía en torno a la mesa, reproduciendo unos gestos y cantando unas canciones que ya no eran las mías. Mi único lazo vivo con ellos era la fotografía de mi padre, también José, como tú, pequeño. Sus ojos me discutían las decisiones tomadas a lo largo del día y se reía de los miles de malentendidos y equivocaciones que cometía al intentar hablar en dialecto local. Él era lo único presente y vívido de mi otro yo pasado, a pesar de que su cuerpo se había unido a la Yemaya, perfectamente rotulada, de un cementerio madrileño.

Sin embargo, contigo, José, me sentí exultante. Por un instante formé parte de las líneas de un ejército vencedor, aunque nunca supe exactamente quién era el enemigo. Pero no tuve duda de la victoria. Tú, José, eras la prueba. Al mirar tu cuerpo manchado, traté de secarte con la escasa porción de tela que me quedaba limpia. Me pareció ofensivo que tú y tu madre estuvierais sucios, con dolor y frío. Imaginé a mi hermana entre sábanas blancas y al pequeño Luis envuelto en la toquilla de lana y lazos que su abuela le habría tejido. Exhalé mi enfado ante esta ofensa que a nadie más molestaba y me puse en movimiento. Tenía que llevaros a la sala de maternidad y atenderos debidamente.

Acosté a tu madre en una cama oxidada con dosel de reina y lavé su cuerpo con la veneración que las mujeres de mi familia reservaban para su hermana. Esa que habitaba en otro continente y que había alumbrado entre los pulidos edificios blancos y grises. Cambié sus sábanas y le di de beber agua fresca. Me quedé con ella un rato mientras me relataba su camino hasta la clínica. El sueño la venció al poco. Necesitaba dormir y olvidar, aunque fuera por un rato. Tú descansabas a su lado, esperando su pecho.

Os dejé a los dos entonces dormidos, protegidos por una gran mosquitera blanca. Arrullados por el zumbido del ventilador del techo que hacía meses

funcionaba de forma ininterrumpida. Otros pacientes estaban llegando a nuestra puerta y debía atenderlos de inmediato. Naciste en la estación de las lluvias y la malaria hacía estragos entre las gentes cuyas casas se encontraban al borde de la laguna. Había muchas fiebres que atender, mucha anemia que tratar, mucha hambre que reconocer. Pasé esa noche en el ala pediátrica. Luchando contra la mano fuerte que había apesado los pulmones de un bebé aquejado de sarampión. Iba de cama en cama. La hilera no parecía tener fin nunca y me encontraba agotada. Era ya de madrugada cuando conseguimos estabilizar al niño con sarampión. Le dejamos respirando el oxígeno que nos quedaba en la última bala de depósito. Apenas llegaría para otras dos horas. Pensé que a la mañana siguiente me tocaría discutir de nuevo con la empresa distribuidora para que entendieran la necesidad de mandar el nuevo pedido de inmediato y no dentro de dos días. Y eso redobló el peso que sentía sobre los hombros. Sin embargo, la sensación de victoria que tú habías traído a mi interior, no me abandonó, José. Cuando llegara a casa esa noche, tendríamos mucho de qué hablar mi padre y yo. Casi podía sentir el tacto de su mano en mi mejilla mientras decía: Bien, bien... Lo mismo que cuando miraba mis dibujos y los aprobaba orgulloso cuando era niña.

Antes de recoger mi mochila para marcharme, pasé por la sala de maternidad, apenas ocho camas, para despedirme de vosotros. Tú movías piernas y brazos tratando de zafarte de esa toalla apretada con la que te habían envuelto. Nunca te gustó que limitaran tus movimientos, habías nacido para la danza. Pero tu madre estaba inmóvil, de costado. Al girarla, unos ojos abiertos y de pupilas dilatadas me miraron. Debía haber sentido frío en la noche, y se había cubierto con la manta oscura que siempre dejábamos a los pies de la cama. De esta manera silenciosa, la hemorragia debía haber comenzado hacía horas empapando compresas, telas, manta y colchón. Tu pequeña madre, una niña pálida de grandes ojos rasgados, quedó vacía por fin de ira, desprecio, violencia, indiferencia y sangre. Sólo quedabas tú, José, como testigo y prueba

de su existencia. Avisé a las matronas. Eran muy pocas para atender a tantos partos y tantas complicaciones. Muchas madres llegaban sin ninguna atención prenatal ni control alguno. Tras dar a luz, las mujeres dependían de la asistencia de alguna mujer de la familia que las acompañase. Tu madre llegó a nosotros sola y se marchó de la misma manera.

Cerré sus ojos con mis manos y la cubrí con la manta. A ti te recogí de entre ese mundo de muerte y te sujeté a mi pecho con una de las telas que tu madre había traído en un hatillo. Esa sería la mantilla sin la que no podrías dormir a partir de ese momento. Su olor te adormecía y te calmaba de inmediato. El último legado de tu madre.

Salí al patio exterior contigo y respiré el olor a madera y humo que llegaba del aserradero. Algo comprimía mis vísceras por dentro y el sudor corría por mi espalda. En realidad, no habíamos ganado a nadie. El peón siempre pierde. El enemigo se había escondido debajo de la manta de tu madre mientras yo estaba ocupada en otra sala para terminar su trabajo. Recorrí el perímetro del muro que rodeaba la clínica intentando recuperar el control. No lo lograba. Me apoyé con ambas manos en la pared del muro intentando que el aire llegara al fondo de los pulmones más despacio. Saqué el teléfono móvil y marqué el primer número de la agenda sin mirar. Al otro lado de la línea surgió la voz de mi madre, preguntando:- ¿Quién es?, ¿quién es? Vacilé. Deseaba más que nada poder hablarle de mi fracaso. Necesitaba escuchar, necesitaba hablar, necesitaba cualquier cosa que me alejara de esa sensación de desaparición que crecía a marchas forzadas a través de mis venas. Pero mi madre no lo lograría. Ella pertenecía a otro planeta que era ya inalcanzable para mí. Hablábamos idiomas ininteligibles. Mi pasaporte portaba el sello y la fecha que demostraban la salida de su país. Colgué el teléfono. El vacío de las pupilas negras de tu madre me miraba esperando una respuesta. Y no la había. Sentí entonces cómo en minutos dejaría de ser humana. Sólo quedaría de mí la

carne y la forma, nada más. Entonces tu mano se agarró con fuerza a un mechón de mi pelo. Movías tu rostro a un lado y otro sobre mi pecho, rozando tu nariz contra la camiseta. Buscabas el alimento que necesitabas desde hacía horas. Lamenté mi olvido y volví a la sala pediátrica para preparar un biberón. A medida que el nivel de leche descendía, el mundo pareció reordenarse un poco. Eso era lo que yo era y hacía. Era una enfermera. Alimentaba, curaba, cuidaba. Intentaba eliminar una pequeña porción de sufrimiento. Creí que la enfermedad era un código válido para regular mi vida. Ya nunca más. Nada era seguro. Sólo tu calor y la presión de tu cuerpo contra el mío eran reales.

Al amanecer, la matrona Chinyere tomó tu placenta José, y esperó en la parte trasera de la clínica. A falta de familiares, nosotros debíamos cumplir con el rito que te ligara para siempre a tu lugar de nacimiento. Yo te recogí de la cama donde habías quedado dormido tras tu primera comida y te metí dentro de mi camisa, asomando tu cabeza y la mía por el mismo cuello. Fuimos todos en procesión hasta los pies del árbol de sicomoro que daba sombra al edificio. Seguimos el mandato de esos ancestros que no habían acudido a tu nacimiento. Por eso Chinyere cavó un hoyo en la tierra, para devolverle parte de lo que era suyo. En el fondo del hoyo dejamos tu placenta. Esa bolsa de agua y sangre te guiaría en el fin de tus días y te ayudaría a renacer de nuevo en África. Seguirías por siempre el camino del asombro bajo ese mismo sol.

Miré a tus ojos, hierba oscura desde mis pupilas fieras por el desafío. Sentí que el silencio nos cubría a ti y a mí, envueltos por el frescor de ese amanecer diferente. Acerqué mis labios a tu oído y susurré el nombre de mi padre en tu interior: José, José. Deseando que su espíritu te inundara y fuera desde entonces también tu antepasado. Para que al final de nuestros días los tres pudiéramos recorrer juntos, como la savia espesa, las líneas del tronco del sicomoro.